APUNTES

RELATIVOS A LOS ÚLTIMOS SUCESOS

OCURRIDOS

EN LA GUERRA CIVIL DEL PERÚ

TERMINADA

EN EL MES DE NOVIEMBRE DE 1865

POR

UN OFICIAL QUE FUÉ

del E. M. G.



LIMA

IMPRENTA DE «EL COMERCIO»

POR J. M. MONTEROLA

1866.

APUNTES

RELATIVOS Á LOS ULTIMOS SUCESOS OCURRIDOS

EN LA GUERRA CIVIL DEL PERU.

Para conocer bien el desenlace de la contienda Peruana de 1865, es necesario hacerse cargo de algunos de sus precedentes, y fijarse en la situacion respectiva de los Ejércitos belijerantes.

El que llevaba el nombre del Gobierno ocupaba en Octubre la Capital de Lima; y algunas de sus divisiones cubrian en Vitarte, en Huachipa y la Rinconada, las principales avenidas del valle de Jauja.

Luego que el Ejército de la revolucion descendió á la provincia de Cañete, transitando por la de Yauyos, pasaron á situarse en Lurin cinco batallones con dos baterías y un rejimiento de caballería.

El públiso daba al ejército del Gobierno una fuerza de mas de diez mil hombres: pero esta asercion era falsa. Segun documentos fehacientes, no llegaba á ocho mil en lo efectivo: que rebajados novecientos enfermos que habia en los hospitales, y las numerosas músicas de los cuerpos, el personal disponible en dicho mes de Octubre, era de ménos de siete mil hombres en quince batallones, cuatro rejimientos, y no mas que quinientos artilleros; porque de esta arma habia una compañía en el Callao, y dos no podian separarse del fuerte de Santa Catalina.

Nadie ignora que en la Capital de Lima no pueden aumentarse ejércitos. Es siempre grande el escándalo de los reclutamientos, pero casi improductivo; y así las bajas por desercion, mortandad y licenciamiento de inútiles, apenas se reemplazaban con un tercio de su número. Esas bajas ordinarias tomaban incremento por los muchos individuos que se pasaban al bando contrario sin haber como evitarlo. Perdiéronse trescientos infantes en la noche del 18 de Octubre á causa de una operacion malograda en Chaclacayo, y fué preciso disolver un batallon. En otro hubo allí de parte de algunos oficiales infidencia que costó no pocas bajas.

Los que no se toman el trabajo de investigar las cosas, porque no quieren pensar, ó porque aceptan cualquiera voz vulgar, creian que el Gobierno contaba con un poderoso ejército: hacian sus cálculos comprendiendo hasta las fuerzas de celadores de Lima y el Callao. Para ellos era fácil ir á Cañete y á Pisco tambien, buscar al enemigo en cualquier parte, y

batirlo al punto. Pero no se hacian cargo de que Lima era uno de los primeros focos de la revolucion, y de que esta Ciudad necesitaba una guarnicion mas que regular: no entraba en sus cuentas que én Cocachacra tenia el enemigo mil hombres, mas que ménos, que habian de amagar á la Capital sériamente, y que podian ocupar los barrios del otro lado del puente, sin que pudiera hacérseles oposicion; porque si se empleára la fuerza de Lima en dicho objeto, era consiguiente una sublevacion popular. Por último; los aficionados á trazar planes, no se acordaban de que una batalla se acepta ó se rehusa segun conviene. Tampoco traian á consideracion que el enemigo era dueño del mar para embarcar en Pisco su infantería y, poniéndola en Ancon, dar fin á la campaña sin comprometer su caballería que podia retirarse á Ica, ó quedar en Pisco impunemente.

La marcha del ejército del Gobierno sobre Chincha, habria sido, pues, un error clásico: sobre todo, exijía desmembrar de él una fuerza respetable para sujetar á Lima, y á la division que desde Cocachacra acechaba el momento conveniente para maniobrar sobre la capital, viniese ó nó, una espedicion á Ancon.

No se sabe, ademas, si alejado de Lima el grueso del ejército, en el mismo Cuerpo de Celadores, y acaso en algun batallon, se alzase el grito de revolucion, abreviando así el término de la guerra. Y no se contradiga esta reflexion, porque las sediciones de Bellavista y del Pedregal, y las tentativas de muchos celadores, decian muy claro que no era indiscreto temer las defecciones en una poblacion en que, sin

descanso, se trabajaba no yá ante la oficialidad, sino sobre la tropa.

Cuando se tuvo evidencia del desembarco en Pisco de las fuerzas que componian el Ejército del Norte, se enviaron á Lurin otras divisiones, y mas tarde se concentraron allí poco mas de cuatro mil infantes, veinticuatro piezas y como mil caballos al mando del mismo ex-Presidente Pezet. Quedaron en Vitarte dos batallones, con dos obuces y cien hombres de caballería: y en Lima un batallon, una columna de Tarma, un cuerpo de caballería y los artilleros de Santa Catalina.

Por entónces se supo que los buques de guerra enemigos habian bajado á Chilca remolcando trasportes, y que en esa caleta habia saltado á tierra un crecido número de infantes. Era de creer que la artillería y caballería viniesen á reunirseles en una hora dada; y que sin detencion alguna (porque no la permitia la falta de recursos,) el ejército contrario atacase al que daba muestras de esperarle en Lurin.

No pasó desapercibido el movimiento que por una diagonal podia hacer el enemigo con el objeto de eludir un combate por el frente, y ponerse en buena actitud de obrar sobre Lima. Penoso era el rodeo, pero con él evitára ser recibido en Lurin al rendir una jornada de despoblado sin agua.

Los caminos cercanos de la izquierda fueron reconocidos, pero habia otros mas apartados. Era preciso saber cuando entraba el enemigo en las ásperas quebradas por donde se inferia marchase, y el momento en que estuviese bien avanzado en su camino para poder ir á encontrarlo. Era preciso no buscarle prematura-

mente, porque podia retroceder y ocupar Lurin. Pero, aparte de esto, el movimiento para salirle al paso, tenia que hacerse por sendas no muy practicables, sin forraje ni agua; y tampoco se sabia la verdadera direccion que elejiria; siendo de creer que, como sucedió, adoptase la mas separada para hacer su operacion con mayor seguridad.

Corrieron dias sin saberse del enemigo otra cosa que su permanencia en Chilca, lo que parecia increible desde que allí se carece de agua abundante.

Como el campamento en la hacienda de San Pedro no ofrecia ventaja alguna, luego que se advirtieron delante de Lurin partidas empleadas en llamar la atencion por el camino real de Chilca, se determinó ocupar la altura que está sobre el rio, y del lado de Lima; pues era ya tiempo de creer que el ejército contrario habia emprendido su rodeo, y apareciendo en Manchay y Sieneguilla obrara sobre la Capital.

Es el terreno montuoso y desfavorable para casos de peligro, desde el puente de Lurin hácia Pachacamac y Sieneguilla; y sobre todo, nada cierto se descubría con respecto al enemigo. No hay circunstancias mas delicadas y alarmantes en un ejército, que las de carecerse de avisos seguros y oportunos, y vacilar en contínuas dudas con motivo de noticias contradictorias, las mas de procedencia sospechosa. Esto pasaba al ejército del Gobierno en el cual empezó á difundirse la idea de que estaba mal situado, y de que debia esperarse que el enemigo resultase marchando sobre Lima, porque no era de creer buscase una batalla por el fren-

te, ni por la izquierda de la posicion que domina al rio de Lurin. Las imcreapciones que á tales opiniones acompañaban, muy luego tomaron cuerpo; y el General Pezet cedió á ciertos pareceres, no obstante que tambien los hubo contrarios, y determinó abandonar el valle de Lurin viniéndose á San Juan.

Este movimiento se hizo el dia 27 de Octubre, y al ejecutarse, aún no se sabia del enemigo.

El ejército no debia permanecer en San Juan sin el gravísimo peligro de que su contrario marchase por Manchay y se le adelantase á la Rinconada de Ate. Y como en órden á esto, se hallaban de acuerdo no pocos datos y opiniones, resolvió el ex-Presidente trasladar su campo á la Molina, para cubrir aquella via, y estar en inmediato contacto con la division establecida en Vitarte. Sobre el camino principal de Lurin á Lima, [en Tebes] quedó una division de Infantería con cuatro piezas y uno de los Regimientos de caballería.

Es la vez de decir que esta línea, teniendo ya en Lurin un enemigo reunido, era muy prolongada, y por tanto defectuosa y contra las mas comunes reglas. El Jefe del E. M. G. lo representó así, y acordó el General Pezet trasladarse él, de la Molina á Monterrico con un batallon y cuatro piezas, y colocar una Division entre Monterrico y Tebes, á fin de dar apoyo á la que, como queda dicho, ocupaba Tebes. Esta medida nada tenia de suficiente: era siempre una línea fraccionada y cortada, la cual en el caso probable de un ataque, no habia tiempo para reunirla.

Hay de la Molina á Monterrico una legua,

y otra escasa de Monterrico á Tebes. Era pues imposible que con el ejército que habia, pudiera cubrirse la Rinconada, y los tres caminos de Atocongo, Tablada y San Juan, que conducen á Tebes. Estas cuatro vias, con mas la de Chorrillos y Miraflores, estaban á merced del enemigo. Los de Lurin sabian por momentos cuanto hacia el ejército del Gobierno: mas en éste jamás se supieron los movivientos de su adversario, sinó despues de hechos.

Con atencion á todo, el segundo General del Ejército y el Jefe del E. M. General opinaron por la concentracion de las fuerzas, siendo incuestionable que si hubiese sido atacada de noche, ó al rayar el dia, la division de Tebes, no habria tenido tiempo para retirarse ni para ser auxiliada por las fuerzas existentes en la Molina, donde aún se hallaban seis batallones, tres regimientos y doce piezas. Por la misma razon, atacadas estas fuerzas repentinamente, difícil, muy difícil hubiera sido que acudiesen oportunamente en su socorro las de Tebes y Monterrico.

En consecuencia, la reunion en Tebes era el paso menos malo. La seguridad de Lima requeria hacer rostro. y defenderla de un ataque por cinco caminos reales diferentes, que partian de un solo punto [Lurin] y se abrian hácia la Capital. No habia otro medio militar adaptable, desde que se carecia de un ejército suficientemente numeroso, para cerrar tan grande estencion de terreno.

Los inconvenientes que la situacion de Lima ofrece, y están tan averiguados desde 1,821, dificultan su defensa contra enemigos poseció-

nados de una gran circunferencia, y que de ningun modo quieren batirse. La ciudad era enemiga; la Ciudad era lo único que se disputaba, y por causa de ella nunca pudo tomarse la ofensiva. Abrir, pues, operaciones á distancia de ella, ya se ha dicho que no podia hacerse. No era la que dirijia el General Pezet, una campaña de esas comunes en que se maniobra libremente, para buscar y precisar al enemigo á combatir, sin cuidar de las poblaciones que quedan sujetas á la suerte de lar armas. En resúmen, era una campaña de carácter especialísimo, en que se luchaba con el Perú entero, y se quería sostener, por fuerza, una capital decidida por la revolucion.

En Tebes se cubrian, el camino principal de la Tablada, el de San Juan, por la pampa de este nombre, y el de Atocongo en el cual se tubo aviso de que el enemigo hacia limpiar y preparar unas vertientes ó aguadas.

Separar del ejército una ó dos divisiones, para cubrir en Miraflores el camino del Chorrillo á Lima, y en la Rinconada el camino de Sieneguilla, era dividir el ejército: siendo fuera de duda que atacada una de esas fuerzas, habria sido inútil el auxilio de Tebes. Si de noche se ponian en retirada, dejaban franco el paso, y si se sostenian contra el ejército contrario, eran perdidas. La desmembracion de tropas, situándolas en Miraflores y en la Rinconada, podia tambien traer el conflicto de que las de Tebes, recibieran el ataque general, haciendo gran falta aquellas, cuyo socorro no hubiera venido á ser practicable en oportunidad. En uno ó en otro caso, se habria vituperado, con razon, la colocacion de tropas á distancia unas

de otras, para caer en el peligro de ser batida una parte del ejército de una manera fácil.

Y no se diga que á los primeros fuegos podian moverse las de Tebes ó Miraflores, porque tratándose de un ataque cuyo buen éxito consistia en no emprenderlo de dia; claro es que miéntras en uno de esos campamentos se ponian los cuerpos sobre las armas, miéntras se observaba si era un ataque falso ó parcial, y miéntras se hacia la marcha al punto del combate, pasaba tiempo de sobra para que fuese sacrificada la parte del Ejército desmembrada imprudentemente.

Se supo, aunque tarde, en la Molina que habian regresado á Villa con pasaporte del General del ejército contrario, dos individuos de dicha hacienda que habian ido á Lurin á recojer unas reses. Se empeñó el jefe del E. M. G. en hablarles, y consiguió se encontrase á uno de ellos en Lima. Llevado al campamento, dijo, entre otras cosas, que le habian preguntado si en Miraflores ó en la Huaca Juliana habia fuerza. Este dato aunque no muy seguro, indujo al Jefe del E. M. á pedir la retirada del ejército, de la Molina á Tebes, y á opinar que convenia situarlo cuando ménos en la Palma. Y bien: colocado allí, ó en Miraflores, qué habría sucedido? Sabido al momento por el enemigo, habría éste marchado en una noche, camino real de Pampa Grande á la Rinconada, y penetrado en Lima: ó lo habría hecho por el camino igualmente cómodo de Atocongo para caer á Monterrico, y por Salamanca entrarse en la Ciudad. No tenia que andar sino la misma distancia; dejando en Miraflores al ejército del

General Pezet, como lo dejó en Tebes cuando pasó por Miraflores.

Había, sin duda, precisa necesidad de guardar la derecha, no en Miraflores, punto lateral desde donde la vijilancia no podia llenar cumplidamente el objeto; porque mientras de allí se obtenia un aviso, y se decidia en Tebes un movimiento general, en la duda de si era un simple amago, una maniobra falsa, ó una escaramuza cualquiera del enemigo, habia tiempo bastante para que se introdujese en la Capital el ejército contrario.

El modo de guardar el paralelo y camino de Mirafiores, era cubrir Chorrillos y Villa, puntos diagonalmente abanzados, y de los cuales los avisos debian venir con oportunidad bastante para salir al paraje conveniente del camino, ya fuese á Miraflores, Limatambo ó Balconcillo.

El Intendente de Chorrillos tenía tropa á sus órdenes, y estaba á su cuidado vijilar las avenidas, y dar noticias. Se hallaba autorizado para hacer gastos, y se le suministraron los medios. Se tomaron medidas para contar en Villa con avisos, y allí se situaron individuos que parecía imposible no correspondiesen bien al encargo que tenian. Se hizo mas: colocáronse para ayudar al Intendente y asegurar mas la vijilancia en Chorrillos, siete personas entre jefes y capitanes, y puede decirse que se escojieron por sus compromisos y adhesion á la causa que se defendía. Debian estar á órdenes de la autoridad, y salir de aquel punto, unos tras otros, para transmitir velozmente la anciada noticia del movimiento del ejército contrario.

El Intendente no dejaba pasar tres horas sin dar parte oficial de las novedades. Una y otra vez se le dieron instrucciones, y cuantas órdenes, advertencias y conminaciones requería el caso: y él comunicaba todo lo que hacía en desempeño de su encargo. Mandaba espías á Lurin, sacándolos de Villa y Chorrillos, aún con el disfraz de vivanderos: algunos hicieron dos viajes.

El Ministro de Gobierno habia dispuesto que no quedase en Chorrillos coches ni carros, y sí solo el de la máquina. Se previno que ésta, de parte de noche, estuviese preparada para correr por los rieles al momento de un amago ó rumor de enemigos, á fin de avisarlo; y anticipando el anuncio con el sonido con que los trenes se hacen esperar. Y como el camino de fierro está muy apartado de Tebes, se colocó un primer ayudante del E. M. G. con un capitan, en el punto mas inmediato fuera de la chacara de la Palma, para que allí aguardasen, recibiesen y transmitiesen sin demora al Ejército, la noticia que viniese repentinamente por medio de la maquina.

No fueron estos, como no debian ser, los únicos preparativos, las únicas precauciones tomadas en caso tan grave. Jamás pasó dia sin enviarse uno ó dos espias al campo contrario, bien pagados, y con las mejores ofertas para premio de sus servicios. Sin cesar se recibian sus noticias y contestaciones, habiendo muchas veces salido falsos y contradictorios sus asertos. Esto mismo obligó á multiplicar los comisionados, y á aumentar las pagas y las promesas. El dia 5. víspera de la ocupacion de Lima, existian ocho comisionados ó explorado-

dores sobre Lurin y avenidas principales: entre ellos hubo oficiales disfrazados, mujeres habilitadas con víveres, peones de Manchay, hombres naturales de aquel valle, ó relacionados en él; algunos proporcionados por el Intendente de Lima ú otras personas que los garatizaban.

En materia de espionaje, nada, nada quedaba por hacer. Tenia este ramo á su cuidado inmediato, el mismo segundo Genenal del Ejército: y puede asegurar el que escribe estos apuntes, que jamás habia visto persona mas asidua, y que mas pensase en objeto tan importante, descuidado por lo comun en nuestros ejércitos, pero atendido en esta ocacion con un zelo ya exajerado. Cuantos estaban empleados en esto, contaban con el ofrecimiento de doscientos y hasta de quinientos pesos á su regreso , desde que diesen noticia cierta del movimiento del ejército enemigo. Por qué causas fueron infructuosos los trabajos en esta línea, por qué razon se malograban, bien pronto quedará explicado en otro lugar.

El dia 5 hubo partes de Chorrillos de los que no aparecía recelo ni ocurrencia natable. Se recibió en Tebes él último, en que se anunció *que no habia la menor novedad en Chorrillos á las diez de la noche.* El que lo condujo fué el capitan Zegarra quien, al regresar, se encontró en el camino con la caballería enemiga. Tubo la buena suerte de no caer prisionero; y contramarchando, dió en Tebes *la primera noticia*, que por cierto *fué la última*, porque no hubo ninguna mas. Era las dos de la mañana.

Parecia imposible que nadie hubiese podido avisar de Villa y de Chorrillos, ó de los rieles

del camino, cerca de la Palma, un movimiento del Ejército enemigo. Increible era que no hubiese escapado, aunque fuera uno, en caso de haber ocurrido sorpresa. La ocupacion del camino por caballería enemiga, no probaba un movimiento general, y podia ser efecto de alguna incurcion por el lado de San Juan y Surco. Pero léjos de ponerse en duda la noticia, fué creida en lo absoluto.

No se perdieron instantes: y aunque era justo contar con algun otro aviso, no se pensó en esperarlo, sinó en proceder segun convenia. Partió un primer ayudante del E. M. G, á la *Chacrilla*, hacienda distante de Tebes un cuarto de legua, para dar á saber el caso al General Pezet, sin cuya órden ó aprobacion, nadie dirá que podia ejecutarse ningun movimiento.

Miéntras se se recibia su contestacion, se puso toda la línea sobre las armas, se cargaron artillería y parque, tomándose las demas medidas preparatorias y de costumbre. En la contestacion del ex-Presidente no vino órden alguna: pero él se presentó luego en Tebes, y el Ejército rompió su marcha sobre San Borja.

El Jefe del E. M. G. recibió órden de quedarse en Tebes hasta que todo se moviese, y de cuidar de la retaguardia. El recomendó que desde San Borja era preciso cruzar por un callejon corto á Limatambo para obrar por Guadalupe y Santa Catalina; mas cuando se reunió al ejército, lo encontró ya en la pampa del Pino.

Allí se enteró de que el segundo General habia mandado hacer movimientos de ataque á la Ciudad, primero á una division, y despues á otra, y que no habian tenido efecto. El mismo Jefe del E. M. G. recibió órden del General Pe-

zet para hacer marchar otra division con una batería á átacar por la puerta de Santa Catalina. Esta órden la comunicó por medio de un Coronel del E. M., y para mejor esplicarla, fué él personalmente, y la reiteró. Regresó á donde el General Pezet, y allí concurrió en seguida el Comandante General que habia recibido dicha órden: el ex-presidente no la ratificó, ni tomó disposicion alguna.

Entre tanto, la muralla de Cocharcas estaba coronada de infantería, y los cañones contrarios, allí colocados, disparaban sus proyectiles con buena direccion, llegando al confin de la pampa del Pino.

El segundo General se quejó al ex-Presidente en voz alta, de que habia sido desobedecido, agregando que renunciaba su puesto. El General Pezet dijo, que uno de los generales le habia indicado la necesidad de una capitulacion. A los pocos momentos, determinó contramarchar á San Borja, anunciando que allí reuniría á los Generales y demas jefes de division.

Hízolo así; y en esa junta, el General Frisanchs habló el primero, diciendo—«que vista «la inobediencia á sus órdenes, él habia renunciado, y nada tenia que indicar». El Jefe del E. M. G. se le siguió, y expuso que el ataque á Lima era posible, y nada podria objetar si se mandaba ejecutar: pero que, como individuo, no lo proponia ni opinaría por llevar á su país desastres irreparables. Hubo dos Comandantes generales decididos á que se tomase la Ciudad: los demas concúrrentes, unos no se espresaron con claridad y presicion, y algunos se remitieron á lo que ya tenian dicho al General Peset.

Este entónces, indicó el envio de comisionados que hiciesen saber al 2º Vice-Presidente estar el Ejército dispuesto á entrar en un arreglo; y que, al efecto, podian pasar á Lima el Coronel Salaverri y el Dr. Sandoval, con un pasaporte ó anuncio firmado por el General Pezet para darles autorizacion. No fué credencial, porque no iban á tratar, sino á promover una negociacion. Los comisionados fueron elegidos por el General Pezet: nadie se los propuso.

Darémos un paso atras para decir que en la pampa del Pino á mérito de los fuegos de cañon que se hacian desde la muralla de Cocharcas, entró el empeño de parte de ciertos jefes, de disparar artillería en contestacion; y en efecto, se dirijieron algunos tiros. Poco se necesitaba saber, para opinar contra semejante acto. Por rara casualidad, una bala podría haberse llevado la cabeza de alguno de los infantes parapetados tras de las cortinas de los muros. Pero como las balas y granadas entraban por elevacion á Lima, á destruir casas y matar quien sabe á quienes, tal bombardeo debia tenerse por una barbaridad. No se habrian hecho disparos sobre columnas ni sobre trincheras, en cuyo caso las ciudades tienen que sufrir los males que ofrece la guerra. Se desató luego la censura contra el Jefe del E. M. porque se opuso y recabó órden para que no se hiciese con la artillería un fuego inútil y deshonroso, desde que no se habia de batir la muralla, ni desalojar de ella á los infantes enemigos. El mismo General Pezet lo desaprobó, y mandó con razon que no se cañonease.

Con esto, y con lo que en la junta dijeron los generales Frisancho y Mendiburu, empezaron

las calumnias y las reticencias; y en seguida circularon rumores de que serían depuestos por el ejército, si nó fusilados; y aún se anunciaba quienes habian de succederles. Los mismos que promovian el disturvio, comunicaban á los generales los dichos rumores, sin nombrar personas; y otros repetian, con disimulo, cosas que tal vez no existian.

Afanose el General Pezet en hacer ver que en esos momentos nada convenia mas al Ejército que la union y la moral. Y habiendo esperado en vano, el dia 6, el regreso de los comisionados á San Borja, determinó moverse sobre el Callao. Aún era tiempo de acudir á Santa Catalina: pero no habia ya unidad en los ánimos, sino impresiones de desagrado. (*)

Antes de marchar el ejército de San Borja, el ex-Presidente habló á las columnas en sentido de atacar. Resonaron en cada una los vivas de la tropa en contestacion á los vivas dados por sus jefes, como sucede de ordinario; sin que semejante costumbre signifique nada ante los que saben juzgar de la realidad de las cosas.

En la tarde del mismo dia 6, y en su noche, desertaron del ejército un Rejimiento entero de caballería en dos actos, y una compañía de infantería, con sus oficiales, cuando estaba de

(*) Al Ministro de Gobierno se le habia dicho de oficio y de palabra que era urgente cerrar con muro de adobe las portadas y formar trincheras y cortaduras en las entradas de los ferrocarriles y en el puente. No tubo á bien hacerlo. Se ignora la causa de no haberse guardado la entrada de Guadalupe, y de no haberse sentido al enemigo hasta que se halló en el interior de la ciudad. Si los dichos fosos y trincheras se hubiesen hecho, se habría dado tiempo para la llegada del Ejército á disputar en un combate la ocupacion de Lima.

abanzada guardando el flanco derecho de la línea. Diferentes jefes y oficiales abandonaron tambien sus puestos.

El 8 entró el General Pezet á Bellavista, habiendo dicho que era primero atender al Callao que á Santa Catalina, y reservando para despues hacer un ataque por la puerta de este nombre, y por los demas puntos que conviniese. Siguió el ejército á la hacienda de Concha, y en el camino se reunieron Salaverry y Sandoval, que volvieron de Lima con una contestacion del 2º Vice-Presidente. El General Pezet habia recibido en San Borja carta del Dr. Sandoval avisándole, desde la Capital, que el 7 temprano estaría allí con el comisiosionado que iba á tratar, el cual por indisposicion de salud no habia salido en la noche. Dicho comisionado no llegó á ir al Ejército, y nada se decia de él en el papel firmado por el Vice-Presidente. Se reducia éste, á que se reconociese su autoridad, que serian garantidas las personas, y que se les atendería en justicia.

A mérito de esto, creció el disgusto la alarma y division, que de sobra se sabría en Lima, así como se sabían otras muchas particularidades que se hicieron sentir desde San Borja. La desercion de la tropa, especialmente de la caballería no cesaba, pasándose los individuos que mas confianza merecian, y aun las abanzadas. Era ya público en el Ejército que el fuerte de Santa Catalina se habia rendido el dia anterior.

El General Pezet dió de nuevo sus consejos; y léjos de tomar á mal, ni intentar oponerse al reconocimiento de la autoridad del Vice-Presidente, convino en que lo hiciesen los jefes por

medio de una acta. En la tarde del 8 se retiró al Callao con el fin de embarcarse. Ya en Bevista se habia amotinado un batallon desvandándose por el campo. Al sonido de un pito acudió toda la tropa á los pabellones, y tomando repentinamente sus rifles, los dispararon sobre los oficiales; conociéndose así el concierto anticipado de las clases para esa sublevacion.

Despues de este fiel, aunque suscinto relato, quedan por hacer unas pocas observaciones, igualmente veraces, en justo desagravio de reputaciones que se han querido vulnerar indignamente.

No hay ejemplo en el Perú de que al terminarse una campaña, se haya dejado de atribuir la desgracia de uno de los partidos, á traicion, venta y cobardía; y esto se fomenta siempre con la mira de deshonrar, ó por lo menos de mortificar, á quienes no debieran. Sin respeto á la verdad, y sin guardar miramiento alguno, hay hombres que se ceban en la maledicencia, así como hay otros que no comprenden ni son capaces de estudiar los sucesos como son, ni las causas que los producen. Y hablan de ellos en tono sentencioso, creyendo que nadie conoce que están ciegos de pasion personal, contenida antes, y que se ha hecho sentir cuando ha llegado el momento de desahogarla.

En esas crisis es cuando se dejan ver en toda su deformidad los efectos de la emulacion, de la venganza, de la ingratitud y de cuanto el hombre disfraza ú oculta cuando le conviene, ó cuando mas no puede. Es la hora de las represalias contra el que ha mandado, correjido, reprimido, ó afeado lo que no debia dejarse pa-

sar libremente. Son, para decirlo de una vez, los desquites de algunos hombres mezquinos y mal inclinados, que intentan nivelarse y aún sobreponerse en las horas menguadas. Suelen ser los peores en estas ocaciones los que mas han adulado, ó los que mas beneficios han recibido, en el concepto de amigos, y creen descargarse de sus obligaciones personales con los cuentos, que aunque fuesen evidentes hechos, pertenecerían á la cosa pública, y no deberían por tanto servir de apoyo para la inconsecuencia, y para faltar villanamente á lo sagrado y particular de la amistad: porque el verdadero caballero, aunque delinca su amigo, no lo acusa ni difama; y en último caso calla, si defenderlo y sincerarlo no puede.

Dejando ahora esta asquerosa materia, que no merece la consideracion ni observaciones de los hombres que conocen el mundo, cumplamos con llenar un vacío que se nota á menudo en este escrito.

¿Por qué el Ejército del Gobierno no tenia datos, ni noticias positivas de sus enemigos? ¿por qué no maniobraba y acometia resueltamente? Era por incapacidad de los qué lo mandaban, por ignorancia, infraccion de las reglas del arte, decidia, ó cobardía acaso? Vamos á satisfacer á todo.

La guerra que ha concluido, no ha sido una guerra civil de esas comunes que tienen oríjen en un alzamiento de cuartel, ó de una porcion de territorio, que sube y baja con las reacciones, con las luchas, y con el progreso de adquisiciones parciales sujetas á la suerte de las armas. Fué una revolucion en todo el territorio, muy preparada y uniforme, y que el gabinete

del General Pezet no quiso ver ni comprender, y menos evitar en manera alguna. La revolucion, que estaba en todos los ámimos, y cuyas causas no nos toca escudriñar, estalló en todas partes casi simultánamente. No hubo pueblo ni guarnicion del Ejército, que no la hiciese suya de una manera violenta; y en poco tiempo se vino hasta las murallas de Lima, sin vacilacion en ningun punto, y sin abrir puerta alguna de esperanza reaccionaria. Si unos hombres no la hubieran acaudillado en diferentes lugares, la habrían acaudillado otros.

Asediada Lima por todas las provincias del mismo Departamento, y existiendo en ella los mayores y mas activos elementos de la revolucion, el Gobierno chocó sin cesar con ellos, y ellos con el Gobierno. ¿Hay quien dude esto; habrá quien diga que podia así contarse con un Ejército compacto y alentado? No. Cada soldado al recordar su pueblo, sabia que su pueblo, fuese el que fuese, pertenecía á la revolucion, y no ignoraba que se habian pronunciado por ella cuantos cuerpos estaban ausentes de Lima (*)

No hubo dia, durante nueve meses, en que no se cruzase algun plan de conspiracion, y en que no se recibiesen nuevas desagradables: no hubo dia en que la alta y baja de jefes y oficiales en los cuerpos, no revelara las sospechas y las denuncias. Estas mutaciones, y las alarmas contínuas, bien claro anunciaban á la tropa el estado de confianza y peligro en que se hallaba

(*) El General Pezet por convencimiento debió entregar el mando y retirarse, antes que sacrificar á tantos hombres dignos de mejor suerte. No faltó quien en conversacion privada, promovida por el mismo, le fomentase esta idea, ofrecièndose á seguirlo.

el Gobierno. Pronto se advirtió que la mina se profundizaba por instantes, y ya los cuidados y recelos se estendieron con respecto a sarjentos y cabos. Qué cuerpo no tubo una y otra vez, que separar individuos de tropa, y vijilar á las mujeres que tomaban parte activa en la desmoralizacion? De qué cuerpo no se desertaban y pasaban á las filas contrarias empezando por los sarjentos? (*) Nadie podia negar que soldados que estaban bien atendidos, pagados y equipados, se iban, aún á las partidas de guerrilla, donde sirvieron careciendo de aquellas ventajas!

La existencia tan disputada del Gobierno, se debia á la excesiva vijilancia de jefes que no dejaban ni por un momento los cuarteles, y que ya se habian habituado á no tener el menor descanso! ¿Puede haber situacion mas violenta? El cansancio rendia ya á los hombres mas tenaces!

La prodigalidad de los asensos, qué otra cosa significaba que la desconfianza del Gobierno? y ni por este medio pudo contener del to-

(*) En el campamento de Vitarte no solo sucedia así con frecuencia, sino que se iban las partidas abanzadas de caballería con oficiales.

En pocos dias tubo en Surco cerca de 40 bajas un solo batallon: y en el mismo pequeño plazo, cinco de ellos estacionados en Lurin perdieron 78 hombres. Allí mismo se fugaron piquetes de dos cuerpos de caballería, y posteriormente, estando reunido el Ejército, desertaron al enemigo dos abanzadas de la misma arma. Sin traer á cuenta el suceso de la Fragata «Amazonas» en Arica, y que todos conocen, agregarémos—que la guarnicion que acababa de embarcarse en el Vapor «Lerzundi», y era de tropa de uno de los batallones de mas confianza, cooperó en la bahía del Callao á una sublevacion que fué sofocada: murieron algunos peleando vigorosamente --

do el desborde. No pocas veces se vió abandonar sus filas, al que dias antes habia recibido un grado pretendido con el mayor ahinco.

¿De donde procedia todo esto ; qué causa motivaba semejante situacion? A los cuarteles se introducian pasquines y proclamas, diferentes de los que se regaban por las calles, y dirijidos á la tropa, exitándola á la revolucion, y hasta á matar á sus jefes; sin que hubiera podido jamás probarse, ó descubrirse quienes, ni como los introducian y circulaban. Los celadores mismos buenas pruebas dieron de que participaban del contagio general.

A pesar de haberse enviado diariamente espias en todas direcciones, rara vez se conocia la verdadera situacion del enemigo á 6 ú 8 leguas! El movimiento de su Ejército de Jauja á Cañete, vino á saberse con seguridad, con motivo de haber llegado á su destino. Para averiguar la realidad del embarque de las fuerzas del Norte para Pisco, fué preciso un reconocimiento por mar, hecho para salir de incertidumbres creadas por uno que otro aviso contradictorio que se tubo con respecto á esas tropas. El desembarco en Chilca, se supo despues de verificado, y aunque un vapor encontró la armada enemiga navegando, nadie podia responder de que no viniese á otro puerto. Del movimiento de Chilca sobre Pachacamac, no hubo sino conjeturas: jamás noticias ciertas; y la tardanza de su ejecucion, lo hacía dudoso.

Para concluir en órden á esta materia, recordarémos que habiendo una division en Vitarte, comandantes militares y destacamentos en las haciendas del flanco derecho hasta San Borja, una partida enemiga penetró en Octu-

bre por el camino real de Monterrico, vino en alta noche á la hacienda de Vasquez [una legua escasa de Lima], y se llevó tranquilamente como cuatrocientas mulas. La primera noticia de este suceso no se tubo en el cuartel de artillería hasta las cinco de la mañana. Las comunicaciones de Lima al ejército contrario, y sus puestos abanzados, eran diarias y aún mas repetidas. Los traficantes y vivanderos llevaban armas, y muchas veces pólvora y otros artículos, ocultándolos ingeniosamente entre sacos de granos, ó bultos de otras mercancías.

De los muchos espias que se enviaban al campo enemigo, y á los puntos y caminos por donde su ejército era factible se acercase á la capital, unos volvian atemorizados sin cumplir su encargo: otros comunicando las falcedades mas chocantes y contradictorias: otros se delataban, y algunos volvian ya de cuenta del enemigo á ejercer el mismo oficio. Bien gratificados iban, y bien se burlaron de los que les ofrecian cuantiosas recompensas. (*)

No se estrañen, pues, los resultados: compréndanse las causas sin mas que fijarse en lo que queda espuesto; y atribúyase el desenlace sorprendente y raro de la contienda, *á la opinion general del pais*, que con razon ó sin ella, teniendo ó no teniendo justicia, queria la revo-

[*] Un jefe se espresaba dias antes del 6 de Noviembre con estas palabras mas ó menos: «¿No valdrán nada en Lima las familias y amigos de dos mil oficiales que habemos aquí?» No faltó quien le dijera—«Mas probable es que en nuestras mismas casas tenga proselitos la revolucion! [así era en verdad] «La capital ve á toda la República comprometida. Su «empeño es la caida del Gobierno, venga lo que viniere: cuan«do lo haya logrado, pondrá en turno otro objeto, y negará «lo que ahora hace.

lucion, y trabajaba por su triunfo sin reserva de medios de ninguna especie.

Prevenios, lectores discretos, contra las palabras dolosas de declamadores que pòr difamar y maldecir, atribuyen á ventas y traiciones, sucesos tan claros, naturales y consiguientes, como los que han abierto paso á la finalizacion de la guerra civil. Atribuidlos á la voluntad general y asertareis con el secreto de haber pasado un ejército por el lado de otro, en admirable silencio, sin ser sentido, sin mujeres por sus flancos, y sin que nadie lo avisase.

En cuanto á los que no cedieron al iflujo y poderío de esa opinion, el público debe, si se tiene por ilustrado, respetar la opinion, la conciencia y el proceder de cada uno. Ni en la Constitucion, ni en ley alguna, se halla escrito el precepto de que el militar está obligado á abandonar al Gobierno en tal á cual caso ó eventualidad. Dejar un puesto en los conflictos, puede ser pusilanimidad, inconsecuencia ó ingratitud, mas que prudencia ó acatamiento á la voluntad general; y esa dejacion (que desprecia y no estima el partido contrario) traé por lo regular responsabilidad grave, y malas consecuencias para los que tal hacen.

Cualquiera que hubiese asaltado al General Pezet en su Palacio para acabar la guerra, y complacer á la generalidad, que así lo deseaba, no habria sido un hombre decente: tal hecho, de suyo infame, podia ofrecer una escena sangrienta. Aprisionarlo en un cuartel que visitase, era muy fácil, pero no obra de caballeros. Que no acontescan en nuestra patria tales còsas, ahora ni nunca! No debe confundirse al que en una provincia alza el pendon del pue-

blo contra un Gobierno que está distante, y puede defenderse, con el que, á presencia del mismo Gobierno, trama una felonía cuya ejecucion acaso produjera un asesinato. Muy luego se confezará así cuando desaparezcan encconos vulgares y mezquinos.

No se hable sobre si la Capital debió ser recuperada á balazos. Un triunfo sin gloria (en caso de haberlo) sobre ruinas y cadáveres de mujeres y niños, habria creado ódios muy profundos y ocacionado males *que jamás se perdonan ni olvidan.* Despues de él, el incendio hubiera continuado con mayor voracidad; y el Gobierno que ha acabado, *nunca hubiera sometido ni pacificado los pueblos.*



Lurin
Villa
Chorrillos
Sieneguilla
Manchay
S. Juan
Camino Ato congo
Camino de la Tablada
Miraflores
Tebez
Mte rico
Rinconada
Chaclacayo
Magdalena
Callao
Vitarte
rio
Barbones
Cocharcas
Sta Catalina
Guadalupe
Maravillas
rio
Huachipa
abajo del Puente